

Esto que comparto con ustedes es la descripción que un sacerdote de vieja data realiza sobre sus primeros catequistas:

En la serie de mis nueve hermanos —es el padre Duval el que narra— mi lugar era el quinto. Antes que yo: Lucía, María, Elena y Marcelo. Después de mí: Renato, Raimundo, Susana y Andrés.

En casa la religión no tenía carácter solemne. Nos limitábamos a recitar las oraciones de la noche.

Pero había un detalle que quedó fijo en mi memoria y que recordaré mientras viva: guiaba las oraciones mi hermanita Elena. Como para nosotros, niños, eran demasiado largas (casi un cuarto de hora), sucedía, a menudo, que nuestra diaconisa aceleraba el ritmo, embarullándose, salteando palabras, hasta que mi padre intervenía, intimándola severamente: ¡COMIENZA OTRA VEZ!

Aprendí entonces que con Dios era necesario hablar despacio, con seriedad y delicadeza. Quedó grabada en mi memoria la posición que mi padre adoptaba en aquellos momentos de oración.

Volvía cansado de sus trabajos del campo con un atado de leña sobre sus espaldas. Después de cenar, se arrodillaba en tierra, apoyaba sus brazos sobre la silla y, con la cabeza entre las manos, sin mirarnos, inmóvil y sin el menor gesto de impaciencia, oraba. Mientras, yo pensaba: mi padre que es tan fuerte, que gobierna la casa, guía a los bueyes, discute con la autoridad, no se doblega ante ricos y poderosos..., mi padre, *delante de Dios se hace un niño. ¡Cómo cambia su aspecto cuando habla con él!*

Pero, debe ser *muy bueno*, si se le puede hablar sin haberse cambiado la ropa de trabajo.

Por el contrario: jamás vi arrodillada a mi madre. A la noche, estaba muy cansada como para arrodillarse. Se sentaba en medio nuestro, teniendo en sus brazos al más pequeño. Tenía un vestido negro que llegaba casi hasta el suelo y sus cabellos castaños caían en desorden en sus espaldas. Recitaba sus oraciones, sin perder una sílaba, pero siempre en voz baja. Entretanto, no dejaba de mirarnos, uno tras otro, deteniendo a menudo su mirada en los más pequeños.

Nos miraba, pero no decía nada, aun cuando los más chicos la molestaban. Tampoco en los frecuentes días de tormenta que amenazaban la casa, o cuando el gato hacía una de sus travesuras.

Entretanto, yo pensaba: *debe ser muy simple Dios, si se le puede hablar teniendo un niño en sus brazos, y vistiendo un delantal como ese...*

Y debe ser también una *persona muy importante* si mi madre, cuando le habla, no hace caso ni al temporal, ni al gato...

*Las manos de mi padre y los labios de mi madre, me enseñaron de Dios, mucho más que el catecismo...*

Dios es una *persona* muy cercana, a la cual se le habla con gusto, después del trabajo...

(Casiello, 1986: 112-113)

La profundidad y sencillez que Duval expresa en su descripción es material de autoanálisis permanente.

Nos ofrece una manera de descripción que trata de destacar lo esen-

cial y de situarnos con verdadera certeza en la manera de observar, apreciar, descubrir (posicionarse) del niño.

Duval con su forma nos interroga, nos cuestiona, nos dice que ante todo Dios es presencia permanente, y que la manera de encontrarlo comenzó ahí en la sencillez de una cocina, donde sus padres fueron los primeros evangelizadores.

También nos exhorta a descubrir las mil y una formas que tenemos de derrochar palabras para tratar de explicar lo inexplicable: *El Misterio*. Fue posible que Duval realizara semejante relato porque, ante todo, habrá tenido que redimensionar su manera contemplativa de encarar el recuerdo de aquellas situaciones que se viven por contacto e irradiación a lo largo de la vida.

También nos dice que nadie puede animarse a lo ridículo de tratar de rotular las distintas maneras que Dios tiene de hacérsenos presencia cotidiana. Hemos pecado de antaño tratando de definir la vida en vez de describirla: desde los sucesos, sentimientos..., lo que vivimos. Notemos además que la utilización de la memoria está revestida de un contexto vivencial. El sacerdote mencionado no recordó palabras aisladas de un contexto.

Contexto caracterizado por el tiempo, el espacio, las formas, en fin... todo. Para Duval, *Todo se le transformó en Mensaje*. No quedó nada aislado o configurado de manera abstracta. Lo concreto, lo cotidiano se le hizo presencia. Como diría Beatriz Casiello, el contacto y la irradiación hizo posible la transmisión y la recepción del anuncio.

Para Duval, los padres *Mediaron* eficazmente como portadores de una vivencia que los envolvía, al punto de hacerla expresión permanente en todo lo que hacían a diario.

No eran marcianos, ni mucho menos ángeles. Sino personas que habían asumido su vida desde la posibilidad del Evangelio, hecho cotidiano: trabajo, cocina, noche y día...

Él actualizó el encuentro donde comenzó a encontrarse con Dios gracias a la mediación: la de sus padres y de toda su familia.

¿Cuál fue la característica más importante de esta mediación? Es algo que trataremos de responder más adelante.

Por ahora apliquemos esta enseñanza a las distintas expresiones que hemos analizado anteriormente.

Es notable, seguramente, la diferencia entre ellas. Fundamentalmente, los aspectos que señalan.

El texto también nos aproximó otros interrogantes. Fijemos la aten-

ción en el relato para descubrir la manera en que el autor nos cuenta lo que *vio* y *oyó*, acerca del reino. No por lo que le explicaron, sino porque se lo hicieron cercano, próximo, cotidiano.

*Meditar acerca de nuestra identidad supondrá recorrer el camino de lo vivido y descubrir allí lo que Dios ha ido haciendo.*

Los invito a hacer otro ejercicio, para tratar de aproximarnos a la descripción de nuestra identidad.

- Trazar una línea en donde marquemos espacios que simbolizen nuestras etapas en la vida:

Por ejemplo:

----- 5 ----- 10 ----- 15 ---- 20 --- 25 ----- 30 ----- 35

(quien tenga más años, que los agregue).

Cada uno de los números simboliza las edades según diversas etapas.

En un segundo paso, recordemos aquellos momentos en la vida de cada uno que recuerden cuando *Cristo los alcanzó* y, marquémolo con una cruz en la línea trazada.

En un tercer momento les pido que respondan las siguientes preguntas:

- ¿Fue un hecho aislado o un conjunto de hechos los que lo hicieron posible?
- ¿Qué sentimientos les hacen revivir dichos acontecimientos?
- ¿Podrían describirlos?
- ¿Cómo comenzaron a llamar al Señor desde esos acontecimientos?
- ¿A través de qué fueron posibles? ¿Cuáles fueron los vehículos que los posibilitaron? En definitiva, ¿cuáles han sido la o las mediaciones que los hicieron realidad?
- ¿Qué cosas o hechos los hacen revivir hoy (es decir actualizar-hacer presentes)?

Estos tipos de interrogantes son muy difíciles de responder en su generalidad. Las personas solemos atribuirnos el mérito de nuestro acercamiento a Dios. Parece que nos olvidamos, como bien dice Juan, el evangelista: